



DOCUMENTO 21

María Hernández Zarco, la impresora heroica

Aura Rostand entrevista en el año 1940 a María Hernández Zarco, y presenta en dos partes el relato que, sobre el trabajo clandestino de impresión de los discursos del Senador Belisario Domínguez, realizó la bisnieta de Francisco Zarco, el inteligente periodista de la Reforma y cronista del Congreso Constituyente de 1856-1857.

La entrevista fue publicada en la ciudad de México, en la revista semanal *Tiempo* los días 14 y 21 de noviembre.

La impresora heroica por Aura Rostand

*Historia de la mujer que en medio del terror
huertista imprimió ella sola los discursos de
Belisario Domínguez.*

*Capítulo importante de la historia moral de la
Revolución Mexicana.*

Primera entrega

La buena suerte me puso frente a María Hernández Zarco. He dicho el nombre de la mujer que hace veintisiete años, en 1913, tuvo un gesto de valentía y de nobleza que llena de claridad heroica el abismal terror que imperaba en aquellos días.

Un Congreso federal conturbado había aceptado la renuncia del Presidente Madero; había sabido luego que el renunciante había sido asesinado; presa de plena desorientación, ese Congreso había aprobado la elevación del asesino del señor Madero a la Presidencia de la República.

Semejante desquiciamiento del juicio del Congreso cundía por otras esferas. Mientras tanto, el terror se agigantaba. A los amigos de Madero se les daba muerte cruel e impunemente. Llegó un momento en el que, en la capital de la República, todos temblaban. Entonces, un médico cirujano oriundo de Chiapas, varón en plenitud de hombría, llegó a esta ciudad investido con la representación de la soberanía de su Estado, en virtud de haber sido electo en 1912, senador suplente y de haber fallecido, a raíz de la traición de Huerta, el senador titular. Ese médico cirujano era el doctor Belisario Domínguez.

Este hombre, en sus raros roces con la política militante, había obrado siempre con un sentido de generosidad tal, que no tenía enemigos. La situación del país, sin embargo, bajo amenaza tremenda para la nacionalidad empujada hacia fatal despeñadero por la insania de Huerta, lo contristó poderosamente. Él solo, sin corifeos, se dió a la tarea de inyectar virilidad al Congreso amedrentado. Con ese fin llegó a pronunciar dos discursos de formidable requisitoria en contra de Huerta,

en el seno de la Cámara Alta, demandando a esa elevada representación nacional que asumiese la actitud que el caso ameritaba.

También por todos los ámbitos del país debía ir su voz, despertando conciencias embotadas en el estupor que la tiranía feroz había creado.

Para que esto fuera así, se necesitaba imprimir y distribuir profusamente los discursos de Belisario Domínguez, quien clamaba en solicitud angustiosa de “un impresor honrado y sin miedo”.

Y como tal no hubiera, que ya por octubre de 1913 el huertismo había hecho “razzia” de impresores y de imprentas, se corría riesgo de que el verbo sacudidor como el rayo de Júpiter del senador chiapaneco se perdiera y de que el sacrificio que éste hacía de su vida, amenazada ya por los esbirros del tirano, llegara a ser estéril con la esterilidad de lo que se ignora.

La voz de Belisario Domínguez, empero, se oyó por toda la República; los tremendos discursos circularon impresos por todo el país; el sacrificio del héroe civil no fue infructuoso, porque hubo una señorita que se encargó de levantar el tipo y de poner la prensa en acción, estampando en letras de molde la oratoria suprema del retador de Victoriano Huerta.

Esa señorita había permanecido en la anonimidad más densa. Hasta que un día se le ocurrió a un poeta celebrarla, en unos artículos que escribiera sobre la personalidad de Belisario Domínguez.

¿Quién será —preguntó—, la impresora heroica?, pidiendo que se le buscase, que se le hiciera apoteosis, “con bandas de música con desfile de banderas, con repique de campanas, con estallar de cohetes”. Y a mí me toco en suerte descubrirla. Esa mujer es María Hernández Zarco.

Habiendo hablado con ella, hablaré de ella. Luego ella hablará por sí misma.

No es la suya sangre cualquiera. Del héroe Zarco, por una de las corrientes que desembocan en su corazón, y del historiador Hernández Dávalos por la otra corriente, le llegan sangres de que la patria hace tiempo se enorgullece. A las calles que llevan los nombres de sus

ilustres antepasados, la impresora heroica las llama “las calles de los abuelitos”. Los pergaminos de la nobleza de su estirpe se alargan en la ciudad. Ella es de familia ilustre por los cuatro costados.

Pero las familias ilustres por servicio que dieron a la patria, a diferencia de las que han obtenido renombre por la explotación a que se dedicaron, suelen caer en la pobreza. En lo que nunca caen, porque la conciencia de su recto abolengo las sostiene, es en la indignidad.

A José María Zarco, nieto del héroe epónimo, lo acribillaron de balas los franceses en la Intervención, en Tacubaya. Su hija María quedó huérfana. Al correr de los años esta niña contrajo matrimonio con el señor Vicente Hernández, hijo del estimable historiador que tan excelentes servicios prestó a la hazaña que encarna “Méjico a través de los siglos”. Y de este matrimonio nacieron seis vástagos, de los cuales uno murió en la infancia.

Por 1906 enviudó doña María Zarco de Hernández, quedando valida únicamente de su trabajo para su sostenimiento y el de sus cinco criaturas, dos mujercitas y tres varones chicos. La mayor de esta prole era María Hernández Zarco. Tenía entonces trece años escasos. La necesidad de ayudar a su madre la arrancó de la escuela y de los juegos propios a su edad, y la llevó al taller.

—¿Cómo —le pregunto— escogió usted el oficio de cajista de imprenta?

—Fue de esas casualidades —me responde—. Entonces se enseñaba ese oficio a las niñas del Hospicio de Huérfanas que quedaba en la esquina de la Avenida Juárez y la calle de Balderas. En esa época y durante mucho tiempo vivíamos nosotros en las calles de San Ildefonso. Se hicieron vecinas nuestras las hermanas Sara y Luz Balbuena, que en el hospicio habían aprendido a levantar tipo. Eran muy bondadosas, y viendo las necesidades de mi casa, me alentaron a ir a trabajar a donde ellas iban. Puedo decir que desde los doce años jamás he dejado de trabajar. Ya tengo cincuenta años de vida. Son treinta y ocho años, y el trabajo se me ha hecho segunda naturaleza. No sabría estarme ociosa.

El oficio que la suerte le había deparado llevó a María Hernández Zarco a asomarse a la arena política. Cuando la Decena Trágica, traba-

jaba ella en el periodiquito *El Reformador* que dirigían don Andrés Molina Enríquez y don Luis Cabrera y que se imprimía en las calles del Apartado 103, en la imprenta “La Mujer Mexicana” que era propiedad de Luz Fernández Vda. de Herrera. Antes había trabajado en *El Correo Francés* y en *La Voz de México*. Silenciado el periódico de Molina Enríquez y de Cabrera, María Hernández Zarco pasó a trabajar en la imprenta de don Adolfo Montes de Oca que estaba en la tras-tienda de un establecimiento de papelería, en las calles de Tacuba, frente a donde está ahora la zapatería “Beautiful”, pared de por medio con un café que todavía existe.

—Como mi familia era maderista —me dice María Hernández Zarco— en la imprenta del señor Montes de Oca yo estaba en campo enemigo. El era felicista, y allí había reuniones felicistas. Pero don Adolfo era de Chiapas, y aunque de distinta filiación política a la de don Belisario Domínguez, le tenía a éste singular aprecio, por ser paisano y conocer sus virtudes. Yo sí sabía que don Belisario era todo un patriota y le tenía gran simpatía. Desde luego, no mediaban relaciones de ninguna especie entre él y yo. En mi vida sólo una vez le hablé.

“Era —continúa diciendo—, de regular estatura, un tanto caído de hombros, moreno, barbado a la Boulanger. Su actitud la discutían los tertulianos de don Adolfo. Un día supe que don Belisario le rogaba enardecidamente a mi patrón que le imprimiera un discurso, y vi que don Adolfo se negaba alegando que eso era pedirle que se suicidara. Don Belisario leyó en voz alta el discurso, y era tremendo. Aquel ambiente se electrizó. Todos estábamos como cuando caen rayos. Si un rayo hubiera caido, hubiera sido precisamente lo que esperábamos. Ante la negativa de don Adolfo a prestarse a la súplica de don Belisario, se me ocurrió una idea.

“Había bastante trabajo, porque las imprentas eran pocas. Teníamos trabajo del Gobierno que entregar en las comisarías. Trabajábamos hasta muy tarde de noche. Mi madre me iba a hacer compañía, y allí se estaba, encomendándome a Dios, cabeceando en su silla. Esa noche teníamos un trabajo que yo debía hacer para entregarme la mañana siguiente en la comisaría de la Plaza del Carmen.

“Guiada por el sentimiento que me llenaba, salí y me acerqué a don Belisario Domínguez. ‘Señor, le dije, déjeme usted su manuscrito. Yo lo imprimiré a escondidas. Dígame donde debo entregar las hojas ma-

ñana tempranito.' No parecía sorprenderle mi actitud. Me entregó sus papeles.

“Así fue como se imprimió el valiente discurso, en la imprenta de don Adolfo Montes de Oca, felicista, sin que éste se diera ni la más leve cuenta de ello, en la noche, en un ambiente cuajado de terror. Mi madre me encomendaba a los santos de su devoción. Yo tenía fe en Dios.”

Segunda y última entrega

En la noche los ruidos se agigantaban. Se agigantaban de manera peculiarmente horrible en las noches del Valle de Anáhuac durante el terror huertista. Amedrentada la población, casi nadie discurría por las calles, excepto grupos de beodos adictos al régimen, o patrullas de soldados o, semejantes a perros lobos de jauría dispersa, los esbirros del chacal en demoniaca misión de capturar a los enemigos del Gobierno espúreo.

En el interior del taller de imprenta de don Adolfo Montes de Oca, en las calles de Tacuba, a puerta cerrada, el ligero y apenas perceptible ruido diurno del choque de tipos de imprenta, tomaba en la noche proporciones de alarma. Y cuando la prensa se puso a andar, movida por pedal, corría prisa de acabar con aquello, como si se tratara de la comisión de un crimen, no fuera a oírse el pesado movimiento de ritmo igual allá en la calle, atrayendo la curiosidad de los que servían al chacal. Ruido de imprenta era a sus oídos como ruido de ejército enemigo.

Con grande azoro, por tanto, María Hernández Zarco, moza resuelta, trabajó los largos, los interminables cuartos de hora necesarios para levantar en tipo de imprenta e imprimir en prensa el fogoso discurso del doctor Belisario Domínguez.

Pugnaban en su pecho, dignísimo de más dulces tormentas, el temor de ser descubierta y el arrojo que le comunicaba la obra en que se ocupaba.

—Si me han descubierto —me dice después de tantos años todavía con estremecimiento de calostrío en su cuerpo y en su voz—, si me han descubierto, no sólo a mí me matan, sino que aniquilan a todos los míos.

Terminā de hablar y la serenidad vuelve a su ser. Solterona, cincuentona, el tiempo la ha despojado de los encantos que debió haber tenido en los días suyos veinteañeros; pero la belleza no es sólo del cuerpo, sino que del espíritu, que al cuerpo le comunica su propia gracia. Solterona, cincuentona, por virtud de su espíritu tan noble, María Hernández Zarco exhala una aura maternal que la envuelve y le da encanto. Solterona, cincuentona, trabajadora toda su vida desde que tenía doce años, María Hernández Zarco es de una belleza prestante que más que los ojos del cuerpo saben apreciar los ojos del entendimiento. La miro y la oigo, y me sorprende que en su robusto regazo no haga cuna niño alguno, y siento lo que alguna vez ha sentido un poeta que conozco al meditar que Vírgenes de España y Vírgenes de Italia, todas tienen niño, pero la Mexicana, la Morena del Tepeyac, esa no. Y una tepeyacana que ha envejecido me parece esta María Hernández Zarco. Obre-
ra, cincuentona, solterona.

Por fin, ha terminado el trabajo escondido. Las hojas que contienen todo el discurso están ya envueltas y el paquete bien oculto en donde nadie sino ella sabe. Y más segura ya, calmada su tormenta interior que la sacude pero no la abate, hace el trabajo ordinario, lícito, porque se trataba de unas planillas que debían ser entregadas en la Comisaría que estaba sobre el jardín del Carmen.

—A la mañana siguiente, lo más temprano que pude, volví al taller acompañada de mi pequeño hermano Manuel. “Mira, le dije, este paquete lo entregarás a don Sóstenes Domínguez, en la Casa del Estudiante; a él en persona, que te estará esperando. Este otro lo entregarás en la Comisaría de enfrente, allí también en la Plaza del Carmen.” Y hasta que volvió me quedé preocupada. ¡Qué tal si lo detienen! “Bah, me decía a mí misma, tan de mañana no hay peligro; los esbirros deberán estar durmiendo la borrachera de la noche anterior.” Y eso sería lo que me salvó, porque vea usted, mi hermanito, en vez de entregar primero los discursos, se fué derecho a la Comisaría. ¡Y si se ha equivocado de paquete! ¡O si allí hubiera habido algún curioso que quisiera ver el contenido del otro paquete! Por gran dicha, nada de eso aconteció, pero pudo haber acontecido y eso basta para que aún hoy tenga susto al recordarlo.

Menor todavía que Manuel, era Pedro Hernández Zarco. Los dos fueron valientes soldados de los Batallones Rojos que se organizaron en la Casa del Obrero Mundial, más tarde ubicada donde es hoy el res-

taurant de Sanborn's y donde en época de don Porfirio había sido el aristocrático Jockey Club. Es decir, la Casa de los Azulejos, en la entonces Avenida de San Francisco, antes Plateros, hoy Avenida Francisco I. Madero.

Manuel tenía unos 16 años cuando sentó plaza de soldado constitucionalista. Pedro acababa de cumplir los 12. Era un niño. "Sus primeros calzones largos, me dice María Hernández Zarco, fueron los del uniforme de soldado."

Pero antes de eso, después de la primera impresión del discurso del doctor Belisario Domínguez, vinieron los sucesos terríficos que fueron ejemplares de aquellos días.

"Señores senadores", pudo decir el doctor Domínguez, "me es muy grato manifestar a ustedes que ya hubo quien imprimiera este discurso. ¿Queréis saber, señores, quién lo imprimió? Voy a deciroslo, para honra y gloria de la mujer mexicana: ¡Lo imprimió una señorita!"

Así consta en la página 120 del interesante libro de "Historia de la Revolución Mexicana" que editó en 1936 el periodista José T. Meléndez, quien no conoció a la Impresora Heroica, ya que no menciona su nombre y se limita a reproducir fielmente los discursos de Domínguez y a darnos diversos datos sobre la vida de éste.

Pocos días después, enfurecido Victoriano Huerta con el senador chiapaneco y por la ola de valentía que el discurso impreso, en todas partes levantaba, ordenó su muerte.

Esbirros lo sacaron una noche de su habitación en el Hotel Jardín y lo condujeron al cementerio de Coyoacán, donde le dieron muerte y lo enterraron. La leyenda dice que sobre el cadáver del gran tribuno se inclinó diabólicamente el más servil de los servidores del tirano, y le cortó la lengua, tibia todavía, para regalo de su amo.

Eso fué la noche del 7 de octubre. El día 8 corría por la ciudad, de boca en boca, en palabras trémulas y voz baja, la noticia de la desaparición de Belisario Domínguez.

Profundamente conmovida y ardida, María Hernández Zarco trabajó otra vez a hurtadillas, y a espaldas de su patrón, en la alta noche

espantable, haciendo nueva edición de los discursos de Belisario Domínguez, que ella intituló “Palabras de un muerto”, y que valiéndose de diversos medios hizo circular entre los miembros del Congreso.

Y este alto cuerpo, en el que el libre voto de los pueblos había depositado el honor y los destinos de la nación, y que en febrero se había ofuscado hasta el grado de aceptar la renuncia de Madero y legalizar la elevación a la Presidencia de la República de Victoriano Huerta, llegó al límite de su debilidad y no le quedó remedio sino el asumir una actitud de decoro y valentía. “Mi dignidad de hombre y de mexicano me dice que obre en esta forma”, había dicho Belisario Domínguez. “Si muero en esta contienda, iré tranquilo a mejor vida. Los que combaten en el Norte exponen su vida. Yo aquí, en el recinto de la ley me enfrento a Huerta.” Y esta virilidad se infiltró en el ánimo del Congreso y lo hizo reaccionar, envalentonado.

En efecto, en el Norte se peleaba en contra de Huerta. Allí estaban Carranza, firme con su Plan de Guadalupe; allí Maytorena; allí Villa. En Veracruz también ardía el honor patrio en sacrosantos fuegos que calentaban el corazón de Heriberto Jara, de Camerino Mendoza, de Gabriel Gavira, de Miguel Alemán, de Cándido Aguilar. Alentador era para estos valerosos soldados saber que por fin el Congreso cumplía con su deber. El día 10 de octubre Huerta disolvía *manu militari* el Congreso y perdía con ese golpe de Estado todo viso de legalidad que se podía hasta entonces reclamar en su favor. Los que con Huerta estuvieron después de esa fecha, ya no pudieron alegar que se ajustaban con ceguera disciplinaria a cumplir con el deber de acatar el Gobierno legal.

Interesante es en este sentido, y observando la situación actual del país, pasar lista de quienes figuran en política activa para averiguar quiénes en esa época estuvieron con la legalidad verdadera y quiénes con la legalidad “deslegalizada” que representa el huertismo.

Sea como ello fuere, la rectificación que hizo el Congreso y que limpió de nubarrones el cielo político de México, dejándolo despejado para que su luminosidad hiciera resaltar las realidades inequívocas, fue obra que resultó del sacrificio profundamente patriótico de Belisario Domínguez. Y en la consecución de esta obra, que valía lo que muchas batallas en lo práctico y por toda una revolución firmísima en lo mo-

ral, Belisario Domínguez tuvo una sola ayuda: Repitamos las palabras del héroe: “Para honra y gloria de la mujer mexicana”.

—A la revolución triunfante ya, hecha gobierno firme e inexpugnable —le digo a María Hernández Zarco—, le corresponde como deber ineludible, otorgarle a usted un premio digno de México y digno de usted. ¿Usted, qué quería?

—¡Ah! —responde con una sonrisa escéptica—; ya una vez me robaron un premio de impresora, allá en 1923, en un certamen. ¡Pero cómo me gustaría tener mi propio tallercito de imprenta y dedicarme a la edición de libros patrióticos! Porque seguir trabajando es mi afán; y trabajar con mayor libertad mi gran ilusión.

México, 1940.